

La muerte es un
discurrir sobre la
vida, porque inspira
en buena parte
nuestras reflexiones
y obras y porque
obliga a interpretar y
reinterpretar la vida,
de allí que
afirmemos que la
vida es la
interlocutora de la
muerte y viceversa.

Al otro lado
del significado
de la vida:

La muerte

*Jesús Pérez / Buscando los recodos de una sombra / Técnica mixta sobre tela
Cortesía Juan Ruiz Galería*

Hemos creado la primera cultura que ha
intentado arrojar de la vida el hecho inevitable
de la muerte. Hemos mantenido la muerte lo
más lejos posible de la mente, dejándola como
problema que sólo deben resolver los expertos
en el manejo del agonizante.

VIRGINIA SOTO SIRA

El hombre contemporáneo se mantiene en una búsqueda permanente, esperando encontrar el sentido de su vida, el significado de la propia existencia y una respuesta, más o menos específica, sobre el papel que tiene en el mundo; acompañado por sus soledades, sus incertidumbres y, sobre todo, intentando descubrir cuándo llegará el momento de su finitud.

Por ello afirmamos que, indagar acerca del hombre y su mundo, conduce a la búsqueda del conocimiento en relación a las características que involucra la interacción hombre-vida. En dicha relación se enfatiza la centralidad de conceptos tales como la finitud, no permanencia, incertidumbre y vulnerabilidad en la experiencia de vida; lo cual nos enfrenta con el impacto de la mortalidad. Vida y Muerte, para los vivos, son dos caras de una misma moneda.

Vivir ofrece una certeza: la Muerte. Nada más evidente, más universal e inevitable que la muerte, pues todo lo sometido a las leyes del tiempo está condenado a desaparecer; todo ser vivo que acaba de nacer está destinado ineludiblemente a "dejar de ser", en un futuro incierto.

La muerte, desde siempre, ha sido preocupación para el que se sabe finito; para el que quiere explicar este misterio y, al intentarlo, construye un pensamiento mágico, mítico y religioso. Pensar la muerte es afrontar todas las certidumbres de una vez, pero por una curiosa paradoja, cuanto más saber se acumula acerca de ella, más difíciles resultan las sucesivas cuestiones que a su alrededor nos planteamos.

Las dos caras de la misma moneda

Conceptualizar la vida es difícil, sin embargo, disponemos de múltiples dimensiones para hacerlo. La vida o la existencia se experimenta cuando se habla, se come, al probar lo frío, lo caliente, al amar, desear, sufrir, caminar, pensar; y lo que la muerte destruye son los medios habituales, conocidos, identificables de los que disponemos para verificar la vida.

Conceptualizar la muerte es aún más arduo si se piensa que cuando es apprehendida por la conciencia de un individuo, no es su propia muerte lo que conoce, sino la muerte de los demás. Por tanto, lo que la muerte arrebató no

es la existencia en sentido estricto, sino más bien la conciencia instrumental que tenemos de ella.

Así, la vida se define como aquel conjunto de funciones que resisten a la muerte, pero también podríamos definirla como el tiempo que ponemos en morir.

Estas afirmaciones, genéricas y aparentemente parceladas, reflejan probablemente esa indeterminable frontera que existe entre la vida y la muerte; por lo que tres consideraciones vienen al caso: (1) La muerte es un estadio del ciclo vital, (2) la vida y la muerte son complementarias como la cara y sello de una moneda, (3) entre la vida y la muerte hay múltiples estados intermedios.

La vida y la muerte son parte del espacio evolutivo del hombre, son sucesos naturales, como la sexualidad, el hambre, la sed o la risa; sociales por ser episodios de la actividad humana en la vida cotidiana; y culturales, por ser percibidas y vividas bajo una apariencia que debe servir para explicarlas y justificarlas.

De la muerte y sus desvaríos

La conceptualización de la muerte es el resultado de concepciones culturales, religiosas e históricas y, en menor medida, de las experiencias de muertes cercanas o indirectas vivenciadas a lo largo de la propia existencia. Por tanto, quien se plantea interrogantes acerca de la muerte, le interesa más como punto de referencia para la vida que como fenómeno biológico catalogable dentro de las constantes del tiempo y el espacio. Saber, con una certidumbre que ninguna variación estadística altera, que la vida termina, que se muere y con ello un universo entero, el mismo de la conciencia, desaparecerá, determina de manera definitiva todos los actos constitutivos de la existencia.

Sin embargo, a pesar de las características de natural, social, cultural, religiosa e histórica que comparten la vida y la muerte, pareciera que ya nadie quisiera hablar de la muerte. Hemos creado la primera cultura que ha intentado arrojar de la vida el hecho inevitable de la muerte. Hemos mantenido la muerte lo más lejos posible de la mente, dejándola como problema que sólo deben resolver los expertos en el manejo del agonizante. De hecho pareciera

que la muerte es obscena, inmensozable, pornográfica. De la muerte no debe hablarse nada, mientras podamos evitarlo.

Por ello, observamos que la muerte, esa compañera familiar, ha desaparecido del lenguaje, su nombre se ha vuelto prohibido. En lugar de las palabras y las señales que nuestros antepasados habían multiplicado, se ha difundido una angustia difusa y anónima. Un ejemplo de ello lo encontramos en los sistemas de información tan perfeccionados con que contamos hoy día, aún cuando han avivado nuestra capacidad de atención ante el mundo, nos presentan la muerte de una manera fría, bajo la forma de estadísticas, camuflada de tal manera que su realidad no llega a alcanzarnos.

En efecto, todo ser humano descrea de su muerte, rechaza la idea, niega tal posibilidad, porque en nuestro inconsciente somos inmortales. Aun cuando sabemos que lo único seguro en la vida es la muerte, aún así, sólo reparamos en nuestra vida cuando está próxima a extinguirse.

El hecho de no ser, la negación de la existencia, sobrecoge la vida humana de dos modos: desde fuera, porque vemos las cosas y las personas perecer a nuestro alrededor; y, desde dentro, porque nos hace entrar a considerar nuestra propia mortalidad.

La muerte y el temor a la muerte han ocupado, en todas las sociedades, la atención de las personas y cada sociedad ha intentado manejar el misterio de la muerte a través de alguna explicación satisfactoria.

Las explicaciones son variables y se expresan en un continuo que va desde las que están basadas en criterios médicos científicos y que se relacionan con la detención de la actividad vital del organismo y, en consecuencia, con la destrucción del individuo como sistema autónomo viviente; las basadas en criterios metafísicos que se puntualizan en la pérdida de la conciencia; otras la explican por la posibilidad que da la muerte de dar significado a la vida; y, por último, las que resaltan el carácter revelador y trascendente de la muerte para pasar a otro mundo.

Pero si nos ubicamos a los extremos del continuo posible, tenemos que la muerte es el fin total y definitivo de nosotros mismos, en cuyo caso no tiene nin-

guna importancia; hasta el hecho de que es un simple paso que nos conduce a un lugar donde viviremos para siempre, en cuyo caso es algo que debemos desear.

Con el declive de las costumbres y de los compromisos sociales en relación a la muerte, carecemos de un modelo que dicte nuestra conducta ante la muerte y nos permita desarrollar un concepto de la misma; de allí que surjan creencias y actitudes "falsas" y un comportamiento "poco auténtico" frente a la muerte.

En lo anterior se evidencia que el fenómeno de la muerte debe quedar reflejado como objeto necesario de una urgente desmitificación: aprender a convivir con la muerte a todos los niveles, abordarla como tema educativo en sus relaciones con la ciencia, la técnica y la fe, son labores que pueden ayudarnos a entenderla y aceptarla como parte de la vida.

De las definiciones sobre de la muerte

Para definir la muerte podemos basarnos en su caracterización, conjugando los distintos elementos que hemos señalado hasta el momento. En tal sentido, caracterizamos la muerte de la siguiente manera:

- La muerte es cotidiana: nos sucede a todos, en todas partes, todos los días.
- La muerte es natural: se corresponde con el espacio evolutivo de cada individuo; no obstante, representa una agresión, pues se vive y se percibe como un accidente arbitrario y brutal que nos toma desprevenidos
- La muerte es aleatoria: a la certidumbre de morir se opone la incertidumbre del momento del acontecimiento.
- La muerte es universal: todo lo que vive, todo lo que es, está destinado a perecer y desaparecer.
- La muerte es única: cuando nos llega la hora, nadie tomará nuestro lugar y nuestra muerte será como la de ningún otro, pues cada uno de nosotros es el primero en morir.

A lo anterior, debemos agregar tres dimensiones, como elementos para una definición: Psicológica, Social y Física.

La muerte psicológica, incluye tres formas: la primera, abarca aquellas personas que han vivido desastres naturales, bombardeos, guerras, etc., que fueron testigos de muertes tan súbitas y numerosas que quedaron intensamente marcados por la muerte y permanecen impregnados de ella, hasta el punto de sentir su presencia como si fuera parte integral de ellos mismos. La segunda forma, es aquella que nos tropezamos en presencia de un ser que se halla psicológicamente ausente; éste es el caso de los psicóticos y dementes, lo que se refiere a los que denominamos "los muertos vivos" o los "muertos que andan". La tercera forma proviene de la alineación completa del Sí de aquellas personas que viven aisladas o internadas, a la larga, una muerte social.

A la muerte psicológica se añade la muerte social, la cual puede sobrevenir en las personas cuando cambian de domicilio y se alejan, cuando mueren los semejantes o cuando desaparece el entorno familiar a consecuencia de la transformación urbana, de la pobreza y de la inequidad. Pero la forma más grave, extrema y radical de muerte social se encuentra en aquellas personas que no tienen posibilidad de insertarse en la sociedad o que por condiciones sociales y económicas se han desincorporado de la misma; pues cuando no se desempeña un papel activo en la sociedad y se carece de estructuras de apoyo, se pueden desarrollar sentimientos de misnusvalía y anomia. En consecuencia, la muerte social podría considerarse la permutación o la forma final de la muerte psicológica.

Finalmente, la muerte física, se corresponde con criterios médico científicos como la interrupción de la respiración, de los latidos del corazón y el reflejo pupilar, así como, la interrupción de las ondas cerebrales. Sin embargo, esta dimensión que pareciera la más evidente y sencilla, se ha vuelto inoperante en cuanto fue posible reanimar a las personas utilizando corazones y pulmones artificiales, que pueden mantener la vida por tiempo indefinido, incluso en ausencia de varios signos vitales anteriormente empleados, tanto médica como jurídicamente, para determinar la muerte.

De cómo lidiar con la muerte

Como la muerte es abstracta, inaprehensible para nuestra conciencia, imposible de experienciarse directamente, no queda otro remedio que concluir que el pensamiento sobre la muerte es un discurrir sobre la vida, porque inspira en buena parte nuestras reflexiones y obras y porque obliga a interpretar y reinterpretar la vida, de allí que afirmemos que la vida es la interlocutora de la muerte y viceversa.

Por ello, proponemos algunos modos alternativos mediante los cuales, desde la propia existencia, podemos experienciar (?) un sentido de inmortalidad o trascendencia útil para manejar la inevitabilidad de la muerte. El primero y el más usual, es el modo histórico en el cual uno trasciende o sigue viviendo a través de los hijos, de los nietos y así sucesivamente. Una segunda expresión del sentido de inmortalidad es el religioso, y se enmarca en la idea que el espíritu trasciende la muerte. Un tercer modo está reflejado en la idea de la naturaleza eterna, la cual se expresa por el no agotamiento de la energía sino por la transformación para volver al cosmos. El cuarto modo es la creatividad, donde las palabras, los hechos, los actos de una persona considerada por los otros como genial, son significativos, recordados, de manera que la persona es ubicada más allá del breve espacio de tiempo que vivió. El quinto modo, se relaciona con la creencia que las personas al morir entran en un estado psíquico de experiencia trascendente, tal y como se expresa en las ideas relacionadas con la depuración del espíritu como condición necesaria para la reencarnación.

En resumen, cualquiera sea la forma de trascender que escojamos, la muerte es una insustituible compañera, que como amiga leal convive en nuestro existir, por ello asumo su potencial creativo: sembrar el árbol para que trascienda su sombra y sus frutos.

VIRGINIA SOTO SIRA

Psicóloga, especialista en Metodología de la Investigación, magister en Psicología Social y miembro del Consejo de Redacción de SIC.